

Su identidad

Dr. Justo L. González



El Discípulo 2.1 (5 de 13)

Mateo 3.1-6, 11-17

3 de enero de 2010

TEXTO ÁUREO

«Y se oyó una voz de los cielos que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia». —Mateo 3.17

CRISTO: EL CUMPLIMIENTO**Su identidad****RVR****VP****Mateo 3.1-6, 11-17**

¹ En aquellos días se presentó Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea,

² Y diciendo: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado»,

³ pues este es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: «Voz del que clama en el desierto: “¡Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas!”».

⁴ Juan estaba vestido de pelo de camello, tenía un cinto de cuero alrededor de su cintura, y su comida era langostas y miel silvestre.

⁵ Acudía a él Jerusalén, toda Judea y toda la provincia de alrededor del Jordán,

⁶ y eran bautizados por él en el Jordán, confesando sus pecados.

Mateo 3.1-6, 11-17

¹ Por aquel tiempo se presentó Juan el Bautista en el desierto de Judea.

² En su proclamación decía: “¡Vuélvanse a Dios, porque el reino de los cielos está cerca!”

³ Juan era aquel de quien Dios había dicho por medio del profeta Isaías: “Una voz grita en el desierto: ‘Preparen el camino del Señor; ábranle un camino recto.’ ”

⁴ La ropa de Juan estaba hecha de pelo de camello, y se la sujetaba al cuerpo con un cinturón de cuero; su comida era langostas y miel del monte.

⁵ La gente de Jerusalén y todos los de la región de Judea y de la región cercana al Jordán salían a oírle.

⁶ Confesaban sus pecados y Juan los bautizaba en el río

11 Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento, pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego.

12 Su aventador está en su mano para limpiar su era. Recogerá su trigo en el granero y quemará la paja en fuego que nunca se apagará».

13 Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán, donde estaba Juan, para ser bautizado por él.

14 Pero Juan se le oponía, diciendo: —Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú acudes a mí?

15 Jesús le respondió: —Permítelo ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces se lo permitió.

16 Y Jesús, después que fue bautizado, subió enseguida del agua, y en ese momento los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma y se posaba sobre él.

17 Y se oyó una voz de los cielos que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia».

Jordán.

11 Yo, en verdad, los bautizo con agua para invitarlos a que se vuelvan a Dios; pero el que viene después de mí los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. Él es más poderoso que yo, que ni siquiera merezco llevarle sus sandalias.

12 Trae su pala en la mano y limpiará el trigo y lo separará de la paja. Guardará su trigo en el granero, pero quemará la paja en un fuego que nunca se apagará.”

13 Jesús fue de Galilea al río Jordán, donde estaba Juan, para que este lo bautizara.

14 Al principio Juan quería impedírselo, y le dijo: —Yo debería ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?

15 Jesús le contestó: —Déjalo así por ahora, pues es conveniente que cumplamos todo lo que es justo ante Dios. Entonces Juan consintió.

16 En cuanto Jesús fue bautizado y salió del agua, el cielo se le abrió y vio que el Espíritu de Dios bajaba sobre él como una paloma.

17 Se oyó entonces una voz del cielo, que decía: “Este es mi Hijo amado, a quien he elegido.”

Introducción

Con la lección de hoy empezamos una nueva unidad de cinco lecciones bajo el título general de «Evidencias del Mesías». En ella veremos varios modos en los que se manifiestan el poder y la misión de Jesús. La lección de hoy tratará sobre el bautismo de Jesús en el Jordán. Naturalmente, tendremos que tratar con las preguntas que muchas personas se hacen: Si Jesús no tenía pecado, ¿por qué se hizo bautizar por Juan? ¿No tenía razón Juan al decirle que no debía ser él quien bautizara a Jesús, sino todo lo contrario? ¿Qué quiere decir eso de que Jesús se hizo bautizar para que se cumpliera «toda justicia»?

Sobre todo trataremos de ver nuestro propio bautismo a la luz del bautismo de Jesús. La raíz y la fuerza de nuestro bautismo están en el bautismo de Jesús, porque en nuestro bautismo somos injertados en el cuerpo de este Jesús, quien se hizo bautizar en el Jordán.

En cierto modo, toda esta lección deberá ayudarnos a recordar nuestro propio bautismo, y a entender mejor lo que significa eso de ser bautizado o bautizada en Jesús. Veremos que, en virtud de nuestro bautismo y de nuestro ser miembros del cuerpo de Jesús, las palabras que se escucharon en el bautismo de Jesús también se nos aplican: «Este[a] es mi hijo[a] amado[a], en quien tengo complacencia».

Como recurso para hacernos ver esto, haremos referencia a la antigua costumbre de la iglesia, de comenzar los servicios con la frase «recordad vuestro bautismo». Trataremos entonces de recordar nuestro bautismo a la luz del bautismo de Jesús, y de ver a grandes rasgos lo que significa ser el pueblo por quien Jesús se bautizó, y que ahora participa de los beneficios y las responsabilidades de su propio bautismo.

Mateo 3.1-6, 11-17

El pasaje comienza resumiendo el ministerio de Juan el Bautista. En una lección anterior vimos cómo Lucas relaciona el nacimiento y la familia de Jesús con los de Juan el Bautista. Pero Mateo no dice nada al respecto. Lo que le interesa es mostrar la relación entre el ministerio y el bautismo de Juan el Bautista y la misión y obra de Jesús. Esto parece haber sido importante para los primeros cristianos, pues aparentemente había todavía seguidores de Juan el Bautista que se negaban a reconocer a Jesús. Señalar que Juan el Bautista se refirió a Jesús en términos de humildad y de obediencia servía de refutación contra tales seguidores del Bautista.

Por otra parte, Mateo tampoco menoscaba ni menosprecia el ministerio de Juan. Al contrario, le presenta como precursor de Jesús, como el último de los profetas que anunció su venida. (Recuérdese que en la primera lección de esta serie vimos cómo, particularmente en Lucas, este tema de Jesús como el prometido a Israel se manifiesta en el hecho de que Elisabet es la última de una larga serie de mujeres estériles que concibieron para avanzar los propósitos de Dios, y que entonces María, al concebir siendo virgen, señala el punto máximo y culminante de esa historia.) Lo que Mateo quiere dejar bien claro es que quienes ven a Jesús están viendo el cumplimiento de las promesas hechas a Abraham y su descendencia.

En el versículo 2 aparece la frase «reino de los cielos». Frecuentemente se ha pensado que lo que eso quiere decir es que el reino de Dios no tiene nada que ver con la tierra. Pero los estudiosos de la Biblia y de los tiempos bíblicos señalan que tal no es el

caso. Lo que ha sucedido es que Mateo sigue la costumbre judía de evitar referirse a Dios directamente. Por razón del mandamiento que prohibía tomar el nombre de Dios en vano, muchos judíos píos, cuando querían decir «Dios», decían más bien «el trono» o «los cielos». Es por eso que en el Apocalipsis, por ejemplo, en lugar de referirse directamente a Dios se usan frases, tales como «el que estaba sentado en el trono». Esto es lo que hace Mateo, y por tanto la frase «reino de los cielos», que

PROPÓSITO

El propósito de la lección de hoy será hacernos ver la relación entre el bautismo de Jesús y el nuestro. Jesús no se hizo bautizar solamente como un gesto ante Juan, ni para que se le reconociera como un hombre religioso. Jesús se hizo bautizar porque esto era parte de su obra salvadora. Jesús se hizo bautizar para que nuestro bautismo nos uniera a él. ¡Recordemos entonces nuestro bautismo, y seamos agradecidos(as)!

es típica de su Evangelio, se debe entender en el mismo sentido que la frase «reino de Dios» en Marcos o en Lucas.

El bautismo era un rito conocido para los judíos del tiempo de Jesús. Se usaba de diversos modos entre diferentes grupos, siempre con un sentido de purificación. Se usaba particularmente cuando un gentil se convertía al judaísmo, es decir, en «el bautismo de prosélitos». Al aceptar el judaísmo, tales prosélitos debían abandonar sus viejas costumbres y su dieta y ceñirse a la ley. Si eran varones, tenían que ser circuncidados. Además, se les purificaba de toda su inmundicia anterior, y de todo lo que habían comido o tocado que la ley hebrea prohibía como inmundo, mediante un acto de bautismo. Cuando Juan empieza a bautizar a judíos, bien puede estar diciendo que están tan llenos de inmundicia como cualquier pagano. Veríamos esto más claramente si leyéramos los versículos 7 al 10, donde Juan se dirige al pueblo de Israel con palabras fuertes.

La cita del profeta Isaías nos recuerda lo que dijimos antes sobre la tipología. En la cita, Isaías se estaba dirigiendo al pueblo exiliado que tenía que cruzar el desierto para regresar a su tierra, y lo hacía recordándole de la salida de Egipto, cuando tuvieron que cruzar el Mar Rojo. Ahora Mateo—como antes Lucas—relaciona todo esto con el advenimiento de Jesús. El cruce del Mar Rojo y el regreso del exilio fueron señales de la gran liberación que vendría en Jesucristo.

La vestimenta y la dieta de Juan el Bautista son señal de austeridad. (Las «langostas» a que el texto se refiere no son los crustáceos de ese nombre, sino los insectos conocidos también en algunos países como «cicadas».)

El centro del pasaje es el bautismo de Jesús. Juan no cree que Jesús deba ser bautizado, sino todo lo contrario: es Jesús quien debe bautizarle a él. El propio Juan había dicho anteriormente que quien venía tras él era mucho mayor que él—a tal punto que Juan no se consideraba digno siquiera de llevar sus sandalias (algunas versiones dicen «de desatar su calzado»). Su bautismo sería verdaderamente poderoso—«en Espíritu Santo y fuego». Pero Jesús insiste en ser bautizado como los demás, para que se cumpla «toda justicia». Lo que esto quiere decir es que se cumpla justa y cabal-

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

- I. El bautismo de Juan. Por qué se bautizaban algunos judíos en ese tiempo.
- II. Jesús se hace bautizar por Juan. ¿Por qué?
- III. El bautismo de Jesús como revelación de su persona y misión.
- IV. El bautismo de Jesús y el nuestro.
- V. Recordemos nuestro bautismo.

VOCABULARIO BÍBLICO

DESIERTO: El «desierto» de Judea no es como nos imaginamos un desierto, pura arena y más arena. Se trata en realidad de un territorio deshabitado por ser relativamente árido, pero en el cual, además de pedregales, hay arbustos y otra vegetación, así como multitud de animales silvestres y hasta de fieras. El desierto era un lugar de refugio para los bandoleros y otros fugitivos. Algunos de estos fugitivos eran en realidad bandas de rebeldes que luchaban contra el Imperio Romano. Por todo ello, el desierto era lugar temido por muchos. Era también lugar donde se retiraban personas que por motivos religiosos querían apartarse del resto de la sociedad. Tal era el caso, no sólo de personajes como Juan el Bautista, sino también de la secta de los «esenos», quienes vivían en el desierto y a la que se atribuyen los famosos «rollos del Mar Muerto». Más adelante, habría anacoretas cristianos que se retirarían también al desierto, cuya relativa aridez les permitía, sin embargo, sustentar la vida.

mente el plan de Dios. El plan de Dios requiere que el Hijo se haga humano, y requiere por ello también que viva cabalmente como ser humano. Por eso es que Jesús viene a recibir el bautismo.

Todo el pasaje culmina con el Espíritu que desciende como paloma sobre Jesús y las palabras que se escuchan: «Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia». En Mateo es Jesús quien ve el Espíritu, y todos los presentes quienes escuchan las palabras. Las narraciones del bautismo de Jesús en los evangelios difieren en cuanto a detalles como quién ve la paloma y quiénes escuchan las palabras. Pero concuerdan en lo esencial: Jesús es el Hijo amado de Dios, y Dios se agrada de él.

En todo este pasaje se está dando a conocer la identidad, el poder y el modo en que obrará Jesús. De todo ello veremos otros ejemplos más adelante. Por lo pronto la identidad de Jesús es revelada por Dios mismo, con las palabras que vienen de los cielos. Su poder y autoridad se manifiestan, no sólo en la voz del cielo, sino también en las palabras de Juan al anunciar su venida y el poder de su bautismo. También cuando el propio Juan no quiere bautizar a Jesús, diciéndole—con razón—que es él quien necesita ser bautizado por Jesús. Por último, el modo en que Jesús obrará se anuncia en su deseo de que Juan le bautice, de no reclamar para sí privilegios ni elogios. Esto será tema central de todo el Evangelio: Jesús es Dios; pero eso lo manifiesta, no con trompetas, bombos y platillos, y no destruyendo a toda persona que no le acepte,

sino al contrario, en humildad cumpliendo con la voluntad de Dios, sometién dose en servicio a los demás, lavándole los pies a sus discípulos. En cierto modo, la manifestación suprema del poder y la auto-ridad de Jesús es la cruz. Es al someterse a la cruz que Jesús lleva a su plenitud el deseo que aquí le expresa a Juan, que se cumpla «toda justicia»—es decir, que se cumplan los deseos y el plan de Dios. Dios le levantará de entre los muertos, sí; pero antes Jesús descenderá a la tierra al nacer, al Jordán en su bautismo y al lugar de las más profundas tinieblas en su muerte.

Aplicación

La historia del bautismo de Jesús nos lleva ante todo a preguntarnos por qué Jesús se bautizó, si no tenía pecado. El bautismo de

Juan era un lavacro de arrepentimiento, una invitación a los pecadores a lavarse de sus pecados. El propio Juan no pensaba que debía bautizar a Jesús, de quien había dicho que

RECOMENDACIONES EDUCATIVAS

Entre las recomendaciones educativas que pueden servir de guía para el desarrollo efectivo de la clase, están las siguientes:

- Lo que se aprende no sólo escuchándolo, sino también viéndolo, queda mejor grabado en la mente. Por tanto, una posibilidad sería empezar la lección con un anticipo de lo que se va a decir al final. Traiga a la clase una jarra con agua y otra vacía. Al empezar la clase, al mismo tiempo que vierte agua de una jarra a la otra, y con ese sonido como trasfondo, diga «recordemos nuestro bautismo». No explique de momento por qué lo hace. Sencillamente siga haciéndolo de vez en cuando en el transcurso de la clase. Poco a poco, la clase ira viendo lo que esto quiere decir—sobre todo cuando llegue usted al punto en que se explica cómo estas mismas palabras se decían en la iglesia antigua, y cómo frecuentemente se hacía haciendo saltar agua. Si hace esto, sería apropiado, como acto de clausura inmediatamente después de la oración final, volver a verter agua de una jarra a la otra, y decir una vez más, «recordemos nuestro bautismo».

- Otro modo de significar lo mismo sería llevar agua a la clase en una vasija y, en lugar de verter el agua de un recipiente a otro, rociar a los participantes a la vez que se dice «recordemos nuestro bautismo»

- Al llegar al punto sobre el bautismo, como un injerto, puede plantear la pregunta: ¿Por qué será que el bautismo no se repite, es decir, que uno se bautiza una sola vez, mientras que la comunión se celebra repetidamente—en muchas iglesias, al menos una vez por semana? La respuesta es que, si el bautismo es como un injerto, la comunión es como la savia que corre al pámpano injertado, o como la sangre que fluye a un miembro que ha sido injertado en el cuerpo. El pámpano injertado no vive sin la savia de la vid, ni un dedo injertado sin la sangre del cuerpo, y tampoco nuestro bautismo nos da vida sin el alimento constante del culto y la comunión.

no era digno ni siquiera de llevarle las sandalias. ¿Por qué, entonces se bautizó Jesús?

La primera respuesta nos la da el mismo Jesús: para que se cumpliera «toda justicia». Aquí la palabra «justicia» no significa pagar por el mal hecho, como a veces la entendemos, sino que significa la plena voluntad de Dios. Jesús vino para llevar el plan de Dios a su culminación. Parte de ese plan es que Jesús mismo sea bautizado. A través de su vida, Jesús vivirá como el ser humano que es, sujeto a todas las condiciones humanas del dolor, el hambre, la angustia, etc. Su bautismo es parte y es señal de esa vida plenamente humana y al mismo tiempo completamente al servicio de Dios.

La segunda razón aparece en algunos de los escritos cristianos más antiguos que tenemos, fuera del Nuevo Testamento. Allí se afirma que Jesús se bautizó «para con su bautismo purificar las aguas del bautismo». Lo que esto quiere decir es que parte del poder del bautismo está en que Jesús mismo fue bautizado. Una de las metáforas que se usaba en la iglesia antigua para referirse a la conversión y al bautismo era la de un injerto. En la conversión y el bautismo somos injertados e injertadas en Jesucristo. (El uso de tales metáforas puede verse en Juan 15, donde Jesús habla de sus seguidores como pámpanos injertados en la vid verdadera, y en 1 Co 12, donde Pablo se refiere a los creyentes y las creyentes como miembros del cuerpo de Cristo.) En su bautismo, Jesús abrió el camino para que sus seguidores pudieran ser bautizados en él. Luego, cuando los antiguos decían que en su bautismo Jesús purificó las aguas del bautismo, lo que querían decir es que nuestro propio bautismo tiene poder en virtud del bautismo de Jesús. Esto es un ejemplo o señal de lo que acontece en nuestras propias vidas. Nuestras vidas en este mundo tienen valor y esperanza porque Jesús vivió en este mundo. Si en su bautismo Jesús «purificó las aguas del bautismo», en su vida en este mundo sacralizó al mundo y a la vida misma; y en su muerte «mató a la muerte»—otro dicho de los antiguos cristianos— para que nosotros y nosotras podamos vivir.

Hay otra razón que le da al bautismo de Jesús importancia singular. Es en el bautismo, con el descenso del Espíritu Santo y las palabras que se escuchan desde el cielo, que Jesús primero se manifiesta a su pueblo y su generación. Decíamos hace unos días que en el día de Epifanía—el 6 de enero, que comúnmente llamamos «Día de los Reyes Magos»—recordamos y celebramos la manifestación o revelación de Dios en Jesucristo. Con la llegada de los magos, recordamos la manifestación de Jesús a los gentiles; y en su bautismo vemos su revelación a Israel.

Según Mateo lo narra, en el bautismo de Jesús suceden dos cosas. La primera es que Jesús ve al Espíritu de Dios que descien- de sobre Él en forma de paloma. Lo segundo es que se escucha la

voz del cielo. En lo primero—que según Mateo sólo Jesús ve—Dios le confirma a Jesús mismo su poder y beneplácito. En lo segundo, les manifiesta ese poder y beneplácito a todos los presentes. El bautismo de Jesús, y las palabras que vienen de lo alto, les indicaron a los presentes—y nos indican hoy a quienes no tuvimos la dicha de estar allí—que este Jesús es mucho más que un hombre bueno, mucho más que un gran maestro de religión, mucho más que un profeta... ¡Es nada menos que el Hijo amado de Dios, en quien Dios tiene contentamiento! De aquí en adelante, todo el ministerio de Jesús, su vida y hasta su muerte, deberán entenderse a la luz de esa gran revelación. Dios se complace en las enseñanzas de Jesús. Dios se complace en sus milagros. Paradójicamente, Dios se complace en su muerte. Pero sobre todo Dios muestra su complacencia en la resurrección de Jesús. Es como si la vida toda de Jesús fuera una colección de libros entre dos portátiles: su bautismo y su resurrección.

Si Dios se complace en su Hijo amado, Dios también se complace en todo ese pueblo que sigue a su Hijo. Porque estamos en Jesucristo, se nos aplican también las palabras que se escucharon en aquella ocasión: «Éste es mi hijo amado, en quien tengo contentamiento. Ésta es mi hija amada, en quien tengo contentamiento».

¿Cómo puede ser esto de que Dios tenga contentamiento en nosotros y nosotras, quienes somos pecadores, quienes no siempre le somos fieles, quienes frecuentemente le abandonamos para ir en busca de otras cosas? Dios tiene contentamiento en nosotras y nosotros, porque Dios nos mira, no sólo como individuos aislados, sino como miembros injertados al cuerpo de su Hijo amado. El mismo Dios que habló en el bautismo de Jesús nos dice hoy a quienes somos bautizados en Jesús que somos también hijos e hijas amados de Dios.

Nos es muy fácil olvidar esto. Lo olvidamos cuando no actuamos como personas bautizadas en Jesús, el Hijo amado de Dios. Y lo olvidamos también cuando nos desalentamos ante nuestras propias tendencias pecaminosas. Pero no. En virtud de nuestro bautismo somos miembros del cuerpo de Cristo; y puesto que Él vive, viviremos; y puesto que Él es santo, seremos santos con Él en gloria. Es por esto que en la iglesia antigua era costumbre, al comenzar el servicio, decirle al pueblo: «Recordad vuestro bautismo»—costumbre a la que se está volviendo en algunas iglesias. Al recordar nuestro bautismo, recordamos quiénes somos, cómo Dios nos ve. Como Pablo dijo, nuestra vida está escondida con Cristo en Dios, y cuando Jesucristo se revele plenamente nuestra verdadera vida también será revelada (Col 3.3-4).

Por último, el bautismo mismo de Jesús nos ofrece su primera lección acerca de qué implica eso de ser miembros de su cuerpo.

Jesús es superior a Juan, y hasta el propio Juan lo reconoce. Con todo y eso Jesús se somete al bautismo. Ser discípulos y discípulas de este Jesús es saber que no siempre tenemos que insistir en nuestra autoridad o importancia. Nuestra autoridad no depende de que se nos obedezca o no, sino de Dios. Nuestra importancia no depende de que se nos reconozca o no, sino de Dios. ¿Cómo nos ayuda esto a vivir como comunidad de amor en la iglesia? ¿Qué nos dice acerca de lo que hemos de hacer cuando nuestro trabajo no se reconoce? ¿Qué nos dice a quienes somos líderes en la iglesia, y se nos alaga por nuestro trabajo? ¡Recordemos nuestro bautismo!

Resumen

- Jesús se hizo bautizar por Juan para así cumplir el plan de Dios. En ese bautismo sucedieron dos cosas importantes. La primera de ellas fue que Jesús instauró el bautismo como rito de unión con Él que sus seguidores practicarían en el futuro. La segunda fue que Dios le declaró su «Hijo amado».

- Hoy nos bautizamos porque Jesús se bautizó en las aguas del Jordán, y al así hacerlo nos hacemos partícipes de las palabras del cielo, «Éste es mi hijo amado». Gracias al bautismo de Jesús, en el cual se basa el nuestro, somos hijos e hijas amados de Dios. Dios se complace de nosotras y nosotros, no por lo que hayamos hecho, sino porque en virtud del bautismo somos parte del cuerpo de su Hijo amado, en quien Dios tiene complacencia.

- Por eso es importante recordar nuestro bautismo. El bautismo no es cosa de un momento, que luego queda detrás. Tampoco es el mero comienzo de la vida cristiana. Es el comienzo de esa vida, sí; pero es también lo que le da continuidad. Cuando un pámpano se injerta en la vid, empieza su vida como pámpano o miembro de la vid. El injerto es comienzo. Pero ese injerto sigue siendo válido y necesario mientras tanto vivan la vid y el pámpano. Por eso es que en el curso de la lección de hoy hemos puesto tanto énfasis en eso de recordar nuestro bautismo. Recordar nuestro bautismo es como recordar quiénes somos.

Oración

Dios nuestro, que te complaces en tu Hijo Jesucristo, ten complacencia también de éstos, tus hijos e hijas, quienes hoy nos acercamos a ti confiadamente en virtud de nuestro bautismo, pues somos miembros del cuerpo de aquél sobre quien pronunciaste las palabras, «Éste es mi Hijo amado, en Él tengo contentamiento». Complácete también de nosotras y de nosotros, por tu Hijo amado Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

**LECTURAS DEVOCIONALES PARA
LA PRÓXIMA SEMANA****Lunes**

Santiago 1.12-16

Miércoles

Gálatas 6.1-5

Viernes

Mateo 6.9-15

Martes

Lucas 8.5-8; 11-15

Jueves

Mateo 26.36-46

Sábado

1 Corintios 10.6-13